

El oficio del político

Los políticos vivimos en otro mundo y nos ocupamos demasiado de nuestros pleitos internos.

Edgar Gutiérrez

El oficio de los políticos, dice Felipe González, ex presidente del gobierno español, es tener una lectura correcta de su país y modificar los estados de ánimo pesimistas de su sociedad. Despertar ilusiones, crear utopías. Inspirar soluciones. No echarle la carga a la sociedad. Y el filósofo Fernando Savater, en su didáctico *Política para Amador*, insiste en que el Estado fue inventado por la sociedad para resolver la necesidad de su supervivencia generacional. Lo cual nos lleva a que la tarea central de la comunidad política es ponerse de acuerdo y ser eficaz en asegurar lo básico para esa supervivencia: comida, techo, seguridad física.

Cuando la sociedad, como es nuestro caso, tiene carencias enormes (ahora es el sistema de salud colapsado, la seguridad ingobernable, pero, igual, ayer fueron otras ruinas que siguen sin ser tratadas) quiere decir que los políticos no estamos haciendo nuestra tarea. Eso ocurre en gran medida porque los políticos vivimos en otro mundo y nos ocupamos demasiado de nuestros pleitos internos. Es el problema de la "endogamia" de los partidos –asegura González. Pero el desaliento mayor es cuando los políticos que hacen gobierno leen públicamente el país bajo una clave aún más pesimista para la sociedad. El vicepresidente Eduardo Stein sostiene que el escenario electoral para Guatemala, en 2007, es como el trance mexicano que trajo turbulencias a partir del 2 de julio. Y el director de Copredek, Frank LaRue, asegura que vamos en la inequívoca ruta de ser un protectorado como Haití, pues decir que nos estamos colombianizando resulta optimista.

Ignoro si esos catastróficos escenarios que ellos proponen salen, en realidad, de la entidad oficial encargada de analizar estratégicamente el país –la SAE. A mí, además de exagerados me parecen lecturas incorrectas del país y comparaciones fuera de contextos históricos. Pero más allá de enfatizar de que el país anda mal y puede, en efecto, seguir empeorando –que no hay necesidad de lucidez analítica para concluir en ello–, el oficio de los políticos es proponer y conducir rutas alternas. Y la responsabilidad de un gobierno es cambiar las condiciones adversas.

Cuando un gobierno se estrena tiene como recurso favorito para ganar tiempo echar la culpa al anterior por las gravosas herencias que recibió. Pero si después de uno, dos o tres años sigue refugiado allí, significa que es inútil para gobernar. Existe la mala costumbre en nuestro medio de valorar la ética política en términos de moralismo individual. Quien decide ser político y asumir tareas de Estado tiene ante su país –y especialmente ante los más humildes– una ética de responsabilidad que se traduce en solucionar problemas. La ruina del político es cuando el dilema de su ejecutoria se plantea así: ¿es más

incapaz que corrupto o viceversa?